

[Traducción]

Telepatía y percepción / *Telepathy and Perception* (I)

CHALCS S. PEIRCE
(1903, CP 7. 597-688)

Traducción: ANA MARÍA MORILLA
IIRS
✉

Telepathy and Perception, publicado en CP 7. 597-688 (Libro III: Filosofía de la mente, capítulo 5) ha sido datado por los editores en 1903, a partir de referencias —que aparecen en el manuscrito— a la correspondencia entre Peirce y James sobre telepatía (*James collection, Houghton Library*) y por comentarios (que parecen ser manuscritos de James) en el margen de la primera parte.

Según los mismos editores, éste era un primer bosquejo del cual Peirce se propuso extraer un artículo de revista. Peirce dividió el manuscrito en seis secciones (sin títulos); las secciones del actual capítulo son las mismas, pero los títulos han sido asignados por los editores. Ellos son: 1. Telepatía; 2. La actitud científica; 3. Percepción; 4. Un programa; 5. El percipuum y 6. Conclusión.

En esta primera entrega, presentamos la traducción al español de los primeros tres apartados —1. Telepatía; 2. La actitud científica y 3. Percepción—; los restantes tres que completan el manuscrito, se publicarán en el próximo número de *AdVersuS*.

TELEPATÍA Y PERCEPCIÓN¹

§1. Telepatía

597. Una pequeña disputa entre un físico de prestigio y un reconocido psicólogo ha centrado últimamente una vez más la mirada pública sobre este tema.² Los comentarios del Prof. Trowbridge expresan, más o menos exitosamente, la típica actitud del físico hacia la hipótesis de la telepatía y hacia la investigación psíquica. Consideraré esa típica actitud más que los puntos especiales que este excelente físico ha señalado. Fui entrenado desde mi niñez en física, me he relacionado principalmente con físicos, y comparto plenamente sus prejuicios, ya sean legítimos o ilegítimos. Tras la formación de la *Society for Psychical Research*, desaprobé la actitud de aquellos físicos que daban crédito a esto, en razón de que al hacerlo estarían alentando a los jóvenes a dedicar los mejores años de sus vidas a una investigación de poco futuro en la que estarían en gran peligro de comprometerse, ya que pareciera que, o bien se tiene que alcanzar algún resultado positivo para defender después de dedicarle tanto tiempo o de lo contrario verse frente al desalentador reconocimiento del fracaso. Cuando apareció el gran libro *Phantasms of the living* escribí una larga y minuciosa crítica del mismo,³ argumentando que sólo mostraba que ninguna

¹ (Ed.) "Telepathy" incluyendo algunas páginas alternativas, Widener IC1-a,b, con eliminaciones, y con una cita agregada en 597n3. Este manuscrito está fechado en 1903 sobre la base de las fechas que figuran en la siguiente nota al pie, referencias a un manuscrito sobre la telepatía en la correspondencia entre Peirce-James (*James collection, Houghton Library*), lo que parecen ser los comentarios escritos a mano de James en el margen de la primera parte del manuscrito, y una fecha tachada en la última sección del manuscrito. Este fue un primer borrador del que Peirce pretende extraer un *artículo*.

Peirce divide el manuscrito en seis secciones (sin títulos), las secciones de este capítulo son las mismas que las de Peirce, pero los títulos han sido suministrados por el editor.

Cf. 6.548-587 y [Bibliografía] G-1887-3 para otros escritos de Peirce sobre el tema de la investigación psíquica.

² (Ed.) John Trowbridge, "Telepathy"; *The Nation* 76 (16 April 1903)308-309, y William James, "Telepathy Once More", *Ibid*, (23 April 1903) 330.

³ (Ed.) [Bibliografía] G -1887 -3, "Criticism on the Phantasms of the Living". En un fragmento de Houghton Library, Peirce dice: «Los fenómenos por los cuales los investigadores psíquicos invocan la telepatía pueden ser explicados por la acción mental inconsciente, después de un severo escrutinio de los testimonios, y con la ayuda de la doctrina de las probabilidades». Cf.[Bibliografía] G-1887-3, p. 194. El fragmento concluye: «Hace ocho años con la aparición de la laboriosa obra, *The Phantasms of the Living*, examiné la pregunta con cuidado, la declaré muy dudosa, pero provisionalmente rechacé toda la teoría. Revisando el estado de la cuestión, este año, yo no encuentro ningún cambio decisivo en cualquier dirección». Esta referencia interna data el fragmento como c.1895.

conclusión científica podía ser alcanzada por medio del examen de las historias de fenómenos esporádicos y sin analizar. Así que tengo escasa necesidad de consultar a los demás para hacer plena justicia a la desaprobación del físico típico, de la hipótesis y los métodos de los telépatas. Por otro lado, desde que Wundt inauguró la moderna ciencia de la psicología por 1862 (fecha de la publicación de su *Beiträge zur Theorie der Sinneswahrnehmung* he seguido ese estudio tanto experimental como especulativamente, y estoy así en mejores condiciones que algunos físicos para apreciar las opiniones de los psicólogos.

598. Permítanme el esfuerzo de explicar la actitud del físico. Muchas personas imaginan que hay una cierta clase de hechos que al físico le es repugnante reconocer. Esto no es así. Si existiera tal clase de hechos, los fenómenos relacionados con el *radio* caerían dentro de ella. Aún así, no ha habido ninguna predisposición a ignorar estos fenómenos. Pero el físico reconoce que un fenómeno no le es de ninguna utilidad a menos que ambos, el fenómeno y sus condiciones, se puedan someter a un análisis exacto. Por otra parte, las únicas teorías que pueden tener algún valor para él son aquellas de las que puedan deducirse predicciones exactas capaces de verificación exacta. Siempre que un hecho aparezca aislado y extraño, es casi imposible asegurarse de que sea un hecho, y casi imposible considerarlo de utilidad para la ciencia. Los físicos se inclinan, sin duda, a desacreditar aquellos hechos que para ellos, como físicos, no tienen ninguna utilidad. Pero eso es una mera cuestión de creencia personal. No puede afectar su conducta como físicos. Así, en lo que respecta a aerolitos, siempre y cuando no fuesen más que historias dispersas de piedras caídas del cielo a largos intervalos, aunque algunas fueran muy firmemente atestiguadas, como cuando una lluvia de ellas cayó sobre una plaza pública de Siena, hay que reconocer que los físicos del más alto genio estaban demasiado predispuestos a subestimar el asunto. Pero no lo hicieron en su carácter de físicos, ya que no parece haber ninguna posibilidad por la cual un físico pudiera investigar el tema. No era más que una «creencia». Sin embargo un físico, Chladni, llegó a pensar en la posibilidad de elaborar un catálogo de todas estas historias, no con la ayuda de «evidencia de postales», ya que las postales no estaban todavía en uso, sino de los testimonios que, tomados por separado, estaban en su mayoría lejos de ofrecer seguridad científica satisfactoria. El resultado fue que pareciera que las piedras caen del cielo todos los días (ahora sabemos que miles caen todos los días). Por lo tanto, el tema quedó abierto a la investigación científica, y las «creencias» personales adversas de los físicos, dieron paso al reconocimiento general de que el hecho había sido establecido.

599. Supongamos que no sabemos absolutamente nada de electricidad a excepción de las historias de bólidos. Entonces no haría ninguna diferencia para los físicos, como investigadores físicos, si estas historias fueran ciertas o no, ya que no habría manera de que pudiera llevarse a cabo mayor investigación física de su naturaleza. Profesionalmente no sería una preocupación; pero personalmente su «creencia» sería principalmente que son fantasías.

600. La teoría de la telepatía consiste en que en algunos casos una mente actúa sobre otra, ya sea directamente o no, pero de cualquier manera, por medios fundamentalmente diferentes de los que la experiencia de todos los días hace familiar. Como teoría científica, ésta prácticamente se condena a sí misma. Porque decir que un fenómeno es fundamentalmente diferente de cualquier cosa en la experiencia ordinaria es casi decir que es de una naturaleza tal que hace imposible la deducción de las predicciones exactas verificables por la percepción ordinaria. Probablemente el único apoyo para esta teoría consiste en ciertas experiencias formidables que se dicen haberle sucedido a una diminuta porción de la humanidad. Si tales fueran los únicos hechos en el caso, son hechos con los que la ciencia puede no tener nada que hacer, ya que la ciencia tiene como empresa descubrir la Ley, es decir, lo que sucede siempre.

601. Supongamos que fuera cierto que esas historias maravillosas demostraran la doctrina de la telepatía, entonces ¿Qué es lo que se habría demostrado? Que muy pocas veces la mente actúa sobre la mente de una manera totalmente diferente a lo normal. Esto no sería un aporte a la ciencia. En el caso supuesto, se habría comprobado que a veces una maravilla, un misterio impenetrable, ocurre. Sin embargo, la preocupación de la ciencia, es con hechos inteligibles. La ciencia no niega que existan los milagros y misterios más de lo que los afirma. Pero es un postulado, —una esperanza— de la ciencia y de todo profundo razonamiento de que cualquier hecho dado al que se pueda dirigir nuestra atención deberá llegar a ser inteligible.⁴ Se considera justamente criminal de un comandante en jefe «perder la esperanza de la república»; y sería tan monstruoso de un investigador perder la esperanza de la comprensibilidad de su problema. A los psiquistas les gusta hacernos recordar que los hechos más familiares están llenos de misterio. Lo están, en un sentido metafísico; y esa es la razón por la que el físico rehúye a la reflexión metafísica y busca comprender los fenómenos sólo en el sentido de establecer sus exactas relaciones entre sí. Por lo tanto, lo que está absolutamente seccionado y separado del cuerpo de la

⁴ (Ed.) Cf. 5.354ff., 2.654ff.

experiencia ordinaria común, está absolutamente fuera de la comprensión científica.

602. Compartiendo estos sentimientos comunes a todos los físicos, cuando *Phantasms of the Living* apareció —esa vasta y bien depurada colección de historias por la cual los señores Gurney, Myers y Podmore trataban de probar la teoría de la telepatía— sentí que iba a creer mucho antes en el espiritismo. Pues de acuerdo con esta última teoría, todos pasamos a otra vida; tampoco sería esta experiencia, común a todos nosotros, mucho más maravillosa que el desarrollo que todos experimentamos cuando el niño se convierte en una persona adulta. Si la telepatía es un hecho, ¿por qué debería tener la extraña característica de ser excesivamente infrecuente, tan contraria a la ubicuidad de todos los demás organismos de la naturaleza? Uno no puede considerarla de otro modo más que muy poco frecuente, y lejos de haber llegado a ser, desde hace mucho tiempo muy conocida y fuera de toda duda. Tampoco los psiquistas han logrado encontrar el más mínimo rastro de ella en la gente común. Si por el contrario, suponemos que hay comunicaciones desde el otro mundo, no hay nada sorprendente en que sean infrecuentes. Porque con qué disgusto e indiferencia debe recordar el difunto espíritu la pequeñez y la ceguera de los fines, la vileza, la mezquindad y la inmundicia de los métodos de los habitantes de este [mundo], que como él bien ve, están desde el fondo de sus corazones felices de deshacerse de él, y que deben además trabajar para su propia salvación sin interferencias, —los pequeños diablillos desagradables—.⁵ Seguramente, la brecha que el espiritismo tiene que suponer entre los dos mundos tiene una pendiente suave en comparación con el abismo que la telepatía abre en medio de la experiencia entre la intercomuni3n de lo ordinario y lo extraordinario entre las mentes.

603. Al pedirle, los señores Gurney, Myers y Podmore a la razón humana que admitiera que una clase de fenómenos había sido separada de la experiencia ordinaria mucho más de lo que se hubiera pensado de cualquier otra clase de fenómenos, me pareció que era pedirle a la razón que admitiera que su esperanza de entender las cosas, su único objetivo, era inútil; y en consecuencia estuve persuadido a escribir una crítica muy elaborada de su libro para demostrar que las alucinaciones eran muy comunes, mientras que las

⁵ Sería diferente si la teoría de Hobbes, La Rochefoucauld, y otros pensadores de la infancia de la filosofía moderna, fuera verdad, y el hombre no pudiera actuar de otro modo más que de forma egoísta. Pero esta teoría que se basa en una falacia lógica no es apoyada por ningún hecho y refutada por muchos.

alucinaciones coincidentes con la verdad más allá del conocimiento de sentido eran muy raras, y que estas coincidencias muy bien podrían suponerse fortuitas después de eliminar los casos sospechosos. Al mismo tiempo, intenté determinar por análisis lógico cuáles eran las condiciones a las que un censo de alucinaciones debía ceñirse con el fin de brindar soporte importante a la afirmación de los telépatas en cuanto a que las alucinaciones verídicas⁶ eran demasiado numerosas para ser contabilizadas como coincidencias casuales. De inmediato se hizo un nuevo censo. Me gustaría poder hacerles el cumplido de afirmar que al hacerlo estaban influidos por mis razones o por cualquier otra considerada mejor. Pero me veo obligado a decir que hasta el momento no lograron cumplir con las condiciones que yo había demostrado como necesarias, —en la dirección de favorecer su doctrina de la telepatía—, y que ahora la pregunta se presenta como antes, una cuestión que cada hombre responderá de acuerdo con sus predilecciones, si éstas deben su origen a su experiencia general de los caminos de la naturaleza o de algún episodio de su vida privada.

§ 2. La actitud científica

604. Lo siento. La cuestión en discusión entre el físico y el psicólogo en la reciente disputa era hasta qué punto los investigadores psíquicos tienen el carácter de los hombres de ciencia. Ahora bien, por más análisis *raciocinativo* que puede ayudar a una decisión sobre este punto, la respuesta debe finalmente centrarse, como cualquier otro juicio sobre el carácter de los hombres, en el testimonio de las impresiones instintivas, y uno de mis propósitos en este artículo es brindar el testimonio de mis propias impresiones sobre el asunto. Encontrándome entonces en una situación que exige la verdad, la verdad diré, sin exageración o extenuación, con la mayor precisión que pueda, a pesar de todo lo que me cueste.

⁶ La palabra «verídica» fue utilizada por primera vez como término técnico por el Sr. Myers, en el sentido de coincidencia con la verdad, ya sea por casualidad o causa. Es contrario a la ética de la terminología cambiar el significado de un término técnico sin necesidad. Su autor no tiene más derecho a hacerlo que los demás. Sin embargo, en el Diccionario de Baldwin, donde la precisión de la definición debería haber sido la primera consideración, la Sra. Sidgwick limita el término a lo que está determinado por una causa general para ser verdad, sin ningún indicio de que alguna vez se hubiera utilizado en cualquier otro sentido. La holgura de expresión y soltura de pensamiento son marido y mujer. Voy a hablar de lo «simplemente verídico» y lo «determinadamente verídico», en los sentidos más amplios y más estrechos.

605. Hay dos aptitudes que todo verdadero hombre de ciencia posee, y que, si un hombre las posee, seguro se convertirá en un hombre de ciencia con el transcurso del tiempo, si es que con toda justeza no debe llamarse uno ya. En primer lugar, la pasión dominante de toda su alma debe ser averiguar la verdad en alguna especialidad, independientemente del color de esa verdad. En segundo lugar, tiene que tener un don natural para el razonamiento, para el pensamiento severamente crítico. Tal vez un hombre que haya bebido de la fuente de la eterna juventud no necesite, al principio de su carrera, poseer alguno de estos dos requisitos: se convertiría infaliblemente en un hombre de ciencia finalmente, porque la acción incesante de experiencia en última instancia, produciría esas dos cualidades en él. Vemos que, en cierta medida, ese efecto ha sido producido ampliamente sobre el hombre civilizado en general en el trascurso de la historia.

606. Digo en cierta medida, porque el amor a la verdad está aún lejos de ser poderoso, y el don para el razonamiento sigue siendo un talento tan raro como el don para la música. La mayoría de los hombres son incapaces de un control firme sobre sus mentes. Sus pensamientos son principalmente tales como el instinto, el hábito, la sugerencia de asociación. Su crítica a sus pensamientos se limita a la reconsideración y al preguntarse si sus ideas parecen razonables. Yo no llamo a esto razonamiento, lo llamo reflexión instintiva. En efecto es la mejor manera de pensar; por medio de las equivocaciones instintivas más que por la razón. Los razonadores están en peligro de caer en la sofística y la pedantería. Nuestras formas instintivas de pensamiento se han adaptado a la vida práctica común, al igual que el resto de nuestra fisiología se ha adaptado a nuestro medio ambiente. La sabiduría radica en discriminar muy bien las ocasiones para el razonamiento y las ocasiones para optar por el instinto. Algunos de mis amigos más valorados han sido casi incapaces de razonar, y sin embargo, han sido hombres penetrantes y sagaces, de juicio singularmente profundo. En general es mucho más importante sentirse bien que razonar profundamente. Pero en la ciencia el instinto solo puede jugar un rol secundario. La razón de esto es que nuestros instintos están adaptados a la continuación de la raza y por lo tanto a la vida individual. Pero la ciencia tiene un futuro indefinido ante sí, y lo que pretende es obtener el mayor avance posible en conocimiento en cinco o diez siglos. Como el instinto no está adaptado para este propósito, los métodos de la ciencia deben ser artificiales. Como apunta el profesor Trowbridge, la ciencia pura no tiene nada que ver con la creencia. Lo que creo es en lo que yo estoy dispuesto a continuar hoy. Imagínense un general sitiando una ciudad. Se sienta en su tienda por la noche preparando los detalles de su

plan de acción para el día siguiente. Descubre que lo que sus órdenes deben ser y tal vez el destino de todo su ejército dependerá de una determinada cuestión de la topografía sobre la cual tiene la necesidad de informarse. Él envía por su mejor oficial, un hombre altamente científico, y le pregunta cómo va a indagar sobre el hecho en cuestión. El oficial responde: «Sólo hay una manera posible de determinar eso. Así y así debe hacerse». «¿Cuánto tiempo llevará eso?» «Dos o tres meses». El general desestima al hombre de ciencia, como Napoleón descartó a Laplace, y envía por otro oficial, ni la mitad de científico, pero bueno adivinando. Lo que este funcionario diga, es lo que el general hará. Lo adoptará como su creencia.

607. Más allá de las dos aptitudes generales mencionadas, cada hombre científico necesita un entrenamiento especial en su rama particular de investigación, y por otra parte esta rama probablemente requerirá de algunas ventajas mentales, fisiológicas e instrumentales específicas para la adquisición de una línea de hechos en particular. No incluí «capacidad de observación», entre las aptitudes generales, porque esta frase abarca una variedad de capacidades que no tienen nada en común, de las cuales un naturalista querría una, un astrónomo otra, un lingüista una tercera, un psicólogo una cuarta, y así sucesivamente. Además, ha habido un poco de exageración acerca de los poderes de observación de los hombres de ciencia, y en esa cualidad a la que la frase parece adaptarse mejor, el poder de destacar las sensaciones propias y precisas sin ser afectadas por cualquier interpretación, los hombres de ciencia de la mayoría de las ramas son decididamente inferiores a los artistas. No debería, por lo tanto, atribuirle mayor importancia a los grandes poderes generales de la observación como distintivos de los hombres de ciencia. Pero debo decir que generalmente los mejores investigadores psíquicos califican en este sentido más alto, comparados con los hombres de ciencia.

608. Al considerar hasta que punto ellos poseen las características esenciales de los científicos, primero observé que aficionados, ociosos, y personas no extraordinariamente sabias *acuden en rebaño* naturalmente a la Society for Psychical Research y constituyen una proporción aún mayor de lo que lo hacen otras grandes asociaciones científicas. Pero éstas no son las personas en consideración. Sólo los hombres que han dedicado toda la energía de sus vidas al trabajo, algunos de los cuales han sucumbido a la presión del mismo, son los que voy de tratar de clasificar.

609. En cuanto a su devoción por la verdad, debo recordar que, como los he conocido, ellos han sido hombres serios y previsores que no se embarcarían en

ninguna empresa sin calcular cuidadosamente sus contingencias. Por lo tanto, en el momento en que cualquiera de esos hombres dedicó deliberadamente su vida y todo su ser a esta investigación, como lo han hecho muchos, ciertamente tenía, claramente en su mente las siguientes consideraciones:

- que sería un trabajo duro e incesante, sobre todo monótono, que le obligaría a estar ocupado mayormente con bribones y tontos;
- que le costaría una gran cantidad de dinero, teniendo en cuenta el dinero que le impediría ganar;
- que nunca le traería mucha honra, pero pondría cierto sello de oprobio sobre él;
- que incluso entre aquellos que profesaran el amor a la verdad, y quienes deberían abrazarlo como a un hermano, se encontraría en las ciencias más ricamente dotadas, con personas que lo tratarían con el espíritu más estrecho y más despreciable *del viento del este*;
- que después de haber dedicado toda su vida a la investigación, no sería improbable que pudiera llegar a descubrir que no habría descubierto nada.

610. Estas consideraciones van a demostrar que, independientemente de lo que esos hombres han estado intentando lograr, lo han intentado devotamente. ¿Estaban deseosos de creer en la doctrina particular de la telepatía, o estaban empeñados en la búsqueda de la verdad, cualquiera que fuese?

611. No veo que haya nada particularmente cómodo sobre la creencia en la telepatía. Para estar segura, ella corta o debilita en gran medida, la fuerza de tal evidencia que pareciera ser del espiritismo; y sin duda para muchas personas reflexivas la perspectiva de una nueva vida es bastante desagradable. ¿Quién va a creer que el motivo principal de los telépatas ha sido escapar de pensamientos de otro mundo? Tales pensamientos no son lo suficientemente molestos para eso.

612. Tuve una controversia bastante prolongada con Edmund Gurney que sólo fue interrumpida por su muerte; y esto me llevó al sutil contacto con el espíritu del hombre. Yo estaba muy impresionado por la pureza de su devoción a la verdad. Esta impresión ha sido completamente convincente en los casos de otras personas que he conocido personalmente, pero a quienes no nombro porque aún viven.

613. El poder de razonamiento de los líderes está ciertamente muy por encima del hombre promedio. No me parece que haya sido del todo suficiente para sus

problemas. La hipótesis de la telepatía no aparenta tener mucho mérito, como una muestra de método científico. Yo creo que si los investigadores hubieran sido mejores razonadores no habrían pasado tanto tiempo tamizando historias de acontecimientos extraordinarios; tendrían que haber volcado sus energías en el esfuerzo de conectar los dudosos fenómenos extraordinarios con la experiencia ordinaria. En este sentido, lo poco que ellos han hecho me parece endeble y muestra defectos de análisis.

614. En cuanto a la formación científica y las aptitudes especiales, creo yo que los psiquistas han estado ampliamente provistos de todo lo que su método daba lugar. Su presentación de varios fraudes ha sido ordenada y profesional, y han hecho uso de los números tanto como los números han sido aplicables. El Prof. Trowbridge se queja de que no hacen mediciones, y coincide con mi reclamo de que no se han esforzado lo suficiente por poner sus maravillas en relación a la experiencia ordinaria. Para hacer eso, el fenómeno habría tenido que ser analizado, y entonces, y no antes, las mediciones habrían sido aplicables. El Prof. Trowbridge no olvida que en las primeras etapas de la física, no había medidas. Galileo, Gilbert y otros hicieron un progreso considerable antes de llegar a una etapa en la que fueron capaces de hablar de cualquier medición. Pero ellos sí exhibían una gran habilidad en el análisis de los fenómenos, y coincidido en que los psíquicos no han mostrado dicha habilidad al hacerlo. Sin embargo, debe recordarse, que ellos están sólo abriendo camino en un terreno virgen, impenetrable y confuso. Ellos están haciendo un trabajo honesto, sin retroceder ante la labor, y procediendo de forma inteligente, si no con gran genio. La granja de la física ha estado durante mucho tiempo bajo cultivo, los implementos más costosos y los métodos más refinados están aquí en uso. Han llegado estos nuevos colonos ocupando tierras difíciles de cultivar y con pobres recursos. Vamos, humillémoslos, echemos a rodar rumores acerca de sus maneras sospechosas, y hagámosles sentir la diferencia entre ellos y nosotros. ¿Quién sabe si son honestos?

§ 3. Percepción

615. Si sólo hubiera una manera de reconciliar el orden habitual de la naturaleza, familiar para nosotros, con la posibilidad de casos raros de cuasi-visión más allá del conocimiento de sentido, entonces concedería que los testimonios aducidos en *The Phantasms of the Living* serían suficientes como para considerar extremadamente posible que tal rara cuasi-visión realmente ocurriera. Porque, después de todo, la teoría de la coincidencia fortuita pone

una cierta tensión sobre nuestro instinto de recibir testimonio; y el instinto natural no es una cosa para descartar a la ligera.

616. ¿Es cierto que una visión ocasional pero muy infrecuente, decididamente verídica de las cosas que van más allá del conocimiento de los sentidos, es totalmente diferente de la experiencia de todos los días? Sobre esto tengo una sugerencia que hacer.

617. No es raro escuchar a un hombre o a una mujer decir: «Yo creo en lo que veo, y nada más». Pero comúnmente sería necesario muy poco interrogatorio cruzado para demostrar que esto es una exageración. No hay muchas personas, a pesar de que se jacten de ser materialistas, que realmente no consideren que no piensan que perciben directamente mediante algún sentido, periférico o visceral; —polonio, la ciudad sagrada del Tibet, George Washington, el período glacial, que los movimientos cumplirán mañana las tres leyes de Newton—. Pero yo mismo, en común con un pequeño pero selecto círculo, sucede que soy un pragmático, o «empirista radical»,⁷ y como tal, no creo en nada que (como pienso) no percibo, y estoy muy lejos de creer en todo eso.

618. Sólo, surge la pregunta, ¿Qué percibimos? No sería de mucha utilidad responder académicamente con una definición arbitraria que podría ser considerada imprudente. Partamos mejor de ejemplos familiares, y habiendo observado lo que su relación es a la formación de las opiniones científicas, encontraremos sobre eso una definición, que abarcará todo lo que esta tan relacionado al conocimiento y no abarcará nada más.

619. Digamos que, mientras estoy aquí sentado escribiendo, veo del otro lado de mi mesa, una silla de color amarillo con un almohadón verde. Eso será lo que los psicólogos denominan un «percepto» (*res percepta*). También con frecuencia le llaman una «imagen». Con este término no tendré motivo de queja. Solamente uno debe estar en guardia contra la falsa impresión que podría insinuar. A saber, una «imagen» por lo general significa algo destinado a representar —pretendiendo virtualmente representar— otra cosa, real o ideal. Así entendida, la palabra «imagen», sería un nombre incorrecto para un percepto. La silla que veo no hace manifestaciones de ningún tipo, en esencia no personifica ninguna intención de ningún tipo, no representa nada. Irrumpe en mi mirada, pero no como sustituta de alguna otra cosa, no «como» cualquier cosa. Simplemente llama a la puerta de mi alma y se queda en el umbral.

⁷ (Ed.) Ver [CP] V, Pragmatismo y Pragmaticismo.

620. Es muy insistente, a pesar de su silencio. Sería inútil que yo trate de desestimarla, y digo, «Oh, vamos, yo no creo en la silla». Me veo obligado a confesar que aparece. No sólo aparece, sino que me molesta, más o menos. No puedo pensar que la apariencia no está allí, ni tampoco descartarla como lo haría con una fantasía. Sólo puedo deshacerme de ella por la aplicación de fuerza física.

621. Es algo contundente. Sin embargo, no ofrece ninguna razón, defensa, o excusa de su presencia. No reclama ningún derecho a estar allí. Silenciosamente se impone sobre mí.

622. Tal es el percepto. Ahora, ¿cuál es su relación lógica con el conocimiento y la creencia? Esto puede resumirse en tres puntos, de la siguiente manera:

Primero, aporta algo positivo. (La silla tiene sus cuatro patas, el asiento y el respaldo, su color amarillo, su almohadón verde, etc. Ésta es una contribución al conocimiento para aprender).

Segundo, obliga al perceptor a reconocerlo.

Tercero, no ofrece razón alguna para tal reconocimiento, ni tampoco hace ninguna pretensión de razonabilidad. Este último punto distingue al percepto de un axioma. Yo soy un incrédulo total de los axiomas; pero en lo que se refiere a la propuesta, por ejemplo, que una línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, aún cuando es obvio, parece ser razonable. Da la impresión de estar fundado en la razón o en la naturaleza de las cosas, o en algo, que se propone a sí mismo. El percepto, por el contrario, es absolutamente mudo. Actúa sobre nosotros, se autoimpone a nosotros, pero no se ocupa de la razón, ni apela a nada por lograr apoyo.

623. Digamos, entonces, que a los efectos de la lógica, cualquier cosa va a ser clasificada bajo las categorías de la percepción en las que un contenido cualitativo positivo es impuesto a nuestro reconocimiento sin ninguna razón o pretensión de razón. Habrá un género más amplio de cosas que participan de la naturaleza de la percepción, si existiera alguna cuestión de cognición que ejerza una fuerza sobre nosotros tendiente a hacernos reconocerla sin ninguna razón adecuada.

Pero con el fin de quedarnos plenamente satisfechos con la justicia de clasificar en categoría y género todo lo que propongo para referirse a ellos, es conveniente examinar un poco más de cerca la naturaleza del percepto.

624. Un percepto visual me invade en su totalidad. Yo no soy consciente de ningún proceso mental por el cual la imagen ha sido construida. Los psicólogos, sin embargo, son capaces de dar cuenta del asunto. Desde 1709, han estado en posesión de pruebas suficientes (como acuerda la mayoría de ellos), que indican que, a pesar de su aparente primitivismo, cada percepto es producto de procesos mentales, o en todo caso aquellos procesos para todo lo que es intenciones o propósitos mentales, excepto que no somos directamente conscientes de ellos; y estos no son procesos de poca complejidad. Los psicólogos sostienen muy razonablemente que las primeras impresiones sensibles deben haber sido sentimientos (sensaciones) de cualidades sensibles —por ejemplo los colores, los sonidos, etc.—, desconectados unos de otros, y que no aparecen en contraste con un ser como objetos; y pareciera que esto debe haber sido cierto de las primeras impresiones sensibles en la historia del desarrollo mental, por muy lejos que el sentido del hombre individual de hoy haya llegado a poder comprender inmediatamente lo complejo. Pero esto es bastante inferencial. Somos, por supuesto, directamente conscientes de cualidades sensoriales positivas en la percepción (aunque en el propio percepto no estén de ninguna manera separadas de todo el objeto); pero en lo que se refiere a su ser, en un principio desconectadas y no objetivadas, eso es teoría psicológica.

625. Por lo tanto, dos tipos totalmente diferentes de elementos van a componer cualquier percepto. En primer lugar, están las cualidades de sentimiento o sensación, cada una de las cuales es algo positivo y sui generis, siendo así independientemente de cómo o qué otra cosa es. A causa de esta autosuficiencia, es conveniente llamar a éstos los elementos de «Primeridad».⁸ En el percepto, estos elementos de Primeridad son percibidos para ser conectados de maneras definitivas. Un percepto visual de una silla tiene una forma definida. Si es de color amarillo con un almohadón verde, que es muy diferente a ser verde con un almohadón amarillo. Estos conectores son directamente percibidos, y la percepción de cada uno de ellos es una percepción inmediata de dos objetos opuestos —un doble reconocimiento—. Con respecto a cada una de estas conexiones, una parte del percepto aparece como lo hace, relativamente a una segunda parte. De ahí que sea conveniente llamarlos elementos de la «Segundidad». La intensidad con la que un percepto se destaca es un elemento de segundidad, porque el percepto es vívido de

⁸ (Ed.) Las versiones psicológicas de las categorías de Peirce de Primeridad, Segundidad, Terceridad se discuten en 7.524 a 538, y las categorías en general, se tratan en [CP] I.

forma proporcional a la intensidad de su efecto sobre el perceptor. Estos elementos de segundidad traen consigo la singularidad peculiar del percepto. La singularidad consiste en una doble *definitud*. Porque por un lado, el percepto no contiene vacíos en blanco que al representarlo, podamos llenar como nos guste. Lo que quiero decir se verá si consideramos cualquier conocimiento que podamos tener en el futuro. Oí a alguien decir que el puente de Brooklyn se caería algún día. La única manera de que dicha persona pudiera llegar a pensar que lo sabía, sería conociendo que cualquier puente que pudiera elegir, construido de cierto manera, se caería. No hay tal universalidad en el percepto. Es bastante individual. Por otro lado, la *definitud* del percepto es de un tipo perfectamente explícito. En todo el conocimiento del pasado, algo, por así decirlo, se mantiene en reserva. Hay un vacío indicado que no tenemos la libertad de llenar, pero que sí puede llenar más información. Sabemos que la Esfinge fue hecha por algún rey de Egipto. ¿Pero cuál? El percepto, sin embargo, se exhibe en su totalidad. Estos dos tipos de *definitud*, en primer lugar, que el percepto no ofrece un amplio margen de libertad a quien quiera representarlo, y en segundo lugar, que no se reserva libertad para sí para ser de una manera u otra, tomados en conjunto, constituyen esa ausencia absoluta de «rango» que se denomina la singularidad o unicidad del percepto, haciéndolo individual el primero y positivo el otro. El percepto es además, un todo e indivisible. Tiene partes, en el sentido de que en el pensamiento puede ser separado, pero no se representa a sí mismo en partes. En su modo de ser como percepto es un todo único e indivisible.

626. El percepto no es la única cosa que normalmente decimos que «percibimos»; y cuando yo proclamé aquello de creer sólo lo que percibía, por supuesto que no me refería a perceptos, ya que los perceptos no son objeto de creencia o incredulidad. Me refería a los juicios perceptuales. Dado un percepto, éste no se describe a sí mismo; porque la descripción implica análisis, mientras que el percepto es un todo e indivisible. Pero una vez que tengo un percepto, puedo contemplarlo, y decirme: «Eso parece ser una silla amarilla», y nuestro lenguaje usual es que lo «percibimos» como una silla amarilla, aunque esto no es un percepto, sino un juicio sobre un percepto presente.

627. El juicio perceptual está en la misma relación con el conocimiento y la creencia como lo está el percepto. Es cierto que yo podría, por un esfuerzo de voluntad, abstenerme de pensar en el color de la silla, de modo que el juicio «la silla parece amarilla» no me va a ser incondicionalmente forzado y por lo tanto podría dar la impresión de no estar participando completamente de la

naturaleza de la percepción. Sin embargo, uno puede escapar del propio percepto cerrando los ojos. Si uno ve, no puede evitar el percepto, y si uno mira, no puede evitar el juicio perceptual. Una vez percibido, éste obliga absolutamente a la aprobación. Su defecto en contundencia es por lo tanto, demasiado ligero y sin importancia lógica.

628. Aproximadamente en la misma medida, su contundencia no llega al nivel de absoluta irracionalidad del percepto. El juicio perceptual declara representar al percepto. Una defensa lógica debería por lo tanto ser fundada en el percepto como premisa de esa defensa lógica, o de lo contrario en el percepto como un hecho representado por tal premisa. Pero el percepto no puede ser una premisa, ya que no es una propuesta, y una afirmación sobre la naturaleza del percepto tendría que descansar en el juicio perceptual, en lugar de éste en aquel. Por lo tanto, el juicio perceptual no representa al percepto lógicamente. ¿De qué manera inteligible, entonces, representa al percepto? No puede ser una copia de él, porque no se parece al percepto en absoluto. Queda sólo una manera en la que puede representarlo, esto es, como un índice, o síntoma verdadero, tal como una veleta indica la dirección del viento o un termómetro la temperatura. No hay garantía para decir que el juicio perceptual realmente es tal índice del percepto, además de la *ipse dixit* del propio juicio perceptual. E incluso si es así, ¿qué es un índice, o verdadero síntoma? Es algo que, sin ninguna *necesitación* se ve obligado por mero hecho, a corresponderle a su objeto. Decir entonces, que el juicio perceptual es un síntoma infalible de la naturaleza del percepto sólo significa que de alguna manera inexplicable, nos encontramos impotentes para rechazar nuestra aceptación de la misma en presencia del percepto, y que no hay apelación a ella. Por lo tanto, la contundencia del juicio perceptual está muy lejos de la pura irrazonabilidad del percepto sólo en esa medida, que sí declara profesar para representar al percepto, mientras que la perfección del mutismo del percepto consiste en no profesar nada.

629. El juicio perceptual, entonces, no cumple con bastante precisión ni la condición de contundencia ni la de irracionalidad, como debería para estrictamente tener el derecho a ser considerado un producto de la percepción. Pero las diferencias son tan pequeñas y tan poco importantes lógicamente, que será conveniente abandonarlas. Quizás se me permita inventar el término *percipuum*⁹ para incluir tanto a la percepción como al juicio perceptual.

⁹ Formado a partir de *percipio* en la analogía de *praecipuum* de *praecipio*. Estoy seguro de que sería muy bueno si los filósofos fueran más audaces en la formación de nuevas palabras en vez de dar a las viejas tantos significados. ¿Qué pasaría si tuviéramos que utilizar las palabras que

630. Prometí demostrar que un juicio perceptual es totalmente diferente a un percepto. Si fuera verdad, como mi análisis pretende que sea, que un percepto contiene sólo dos tipos de elementos, los de primeridad y los de segundidad, entonces, el gran punto eclipsador de la diferencia es que el juicio perceptual proclama que representa algo, y por lo tanto lo hace, ya sea verdadera o falsamente. Esta es una diferencia muy importante, ya que la idea de la representación es esencialmente lo que puede denominarse un elemento de «Terceridad», es decir, consiste en la idea de determinar una cosa para referirse a otra. El elemento de segundidad en el percepto consiste en que una parte sea relativa a otra. Pero el percepto se presenta ya hecho (*ready made*), y no contiene ninguna idea de que se haya provocado un estado de cosas. Hay una demostración matemática muy rígida (que no puedo dar aquí) por la que la idea de Primeridad, o la de una *talidad* positiva, y la idea de Segundidad, o la de una cosa refiriéndose a otra, de ninguna manera puede ser combinada para producir la idea de una cosa A, que se refiere a una segunda, B, en el mismo acto en que se refiere a un tercero, C.¹⁰ Este es el elemento de la Terceridad, o la mediación, que la concepción de la representación de algo a alguien obviamente implica. En un juicio perceptual la mente proclama contarle al ser futuro de la mente lo que es la naturaleza del percepto hoy.¹¹ El percepto, por el contrario, se levanta sobre sus propias piernas y no hace declaraciones de ningún tipo.

631. Hay varios otros puntos de contraste entre el juicio perceptual y la percepción que se calculan para exhibir su disparidad. El juicio, «Esta silla parece amarilla» separa el color de la silla, convirtiendo a uno en el predicado y al otro en el sujeto. La percepción, por otro lado, presenta la silla en su totalidad y no hace absolutamente ningún análisis.

632. Hemos visto que la «singularidad» del percepto es una combinación de dos modos de *definitud*. La primera consiste en esto, que su fiel y máximo intérprete no tiene libertad permitida; todo está prescrito. Pero el juicio perceptual «esta silla parece amarilla» tiene vagamente en cuenta un montón de cosas amarillas, de las cuales algunas se han visto, y un sin fin de otras pueden o podrían ser vistas; y lo que esto significa es: «Toma cualquier cosa amarilla que te guste, y

terminan en *-cept* para diferentes tipos de adquisición de la cognición? Habría buenas palabras latinas como: *accept*, *antecept*, *decept*, *except*, *incept*, *intercept*, *occept*, *precept*, *suscept*, además de otras bastante aceptables.

¹⁰ (Ed.) Cf. 7.537.

¹¹ No hay ninguna objeción a decir que «La silla parece amarilla» significa «El presidente me parece amarillo», pero la referencia al ser del futuro es más pertinente.


encontrarás, que comparándola con esta silla, coincidirá muy bien en color». Así, se invita directamente al ejercicio de una libertad de elección por parte del intérprete (cualquier cosa amarilla respondiendo como cualquier otra), una libertad que el percepto severa y estúpidamente impide.

633. El otro modo de *definitud* del percepto consiste en ser perfectamente explícito. El juicio perceptual pronuncia sin cuidado la silla amarilla. Lo que el matiz particular, el valor y la pureza del color amarillo pueden ser, no lo considera. El percepto, por el contrario, es tan escrupulosamente específico que hace esta silla diferente de cualquier otra en el mundo, o más bien, lo haría si se entregara a comparaciones.

634. Se puede objetar que los términos del juicio se asemejan al percepto. Consideremos, en primer lugar, el predicado, «amarillo» en el juicio «esta silla parece amarilla». Este predicado no es la sensación implícita en el percepto, porque es general. Ni siquiera se refiere particularmente a este percepto, sino a una especie de fotografía compuesta de todos los amarillos que se han visto. Si se parece al elemento sensacional del percepto, esta semejanza consiste sólo en el hecho de que un nuevo juicio lo predicará del percepto, tal como lo hace este juicio. También despierta en la mente una imaginación que implica un elemento sensacional. Pero teniendo todos estos hechos juntos, nos encontramos con que no hay relación entre el predicado del juicio perceptual y el elemento sensacional del percepto, excepto las conexiones contundentes.

635. En cuanto al sujeto del juicio perceptual, como sujeto es un signo. Pero pertenece a una clase considerable de signos mentales de los que la introspección no puede dar casi cuenta. No debe esperarse que así lo hiciera, ya que las cualidades de estos signos como objetos no tienen relevancia a su carácter significativo, pues estos signos sólo desempeñan el papel de los pronombres demostrativos y relativos, como «eso», o como la A, B, C, de los cuales un abogado o un matemático hacen uso en la toma de declaraciones complicadas. De hecho, el juicio perceptual que he traducido como «esa silla es amarilla» estaría representado con mayor precisión así: «es amarilla», y un dedo índice señalando, tomando el lugar del sujeto. En general, es bastante claro que el juicio perceptual no es una copia, icono, o diagrama del percepto. Puede ser considerada como un grado más elevado de la operación de percepción.

636. Con el fin de no prolongar el debate, les dejo algunas posibles objeciones a lo que ha quedado sin respuesta. La más grave de ellas es que un juicio perceptual puede ser revisado; de modo que hay una cierta verificación sobre él. La evaluación de ese punto sería muy larga, y no me parece probable que le

parezca a alguien de una importancia fundamental. Hacerle plena justicia implicaría complicaciones que pocos tendrían la paciencia de seguir.¹² 

¹² (Ed.) «Se puede objetar que un juicio perceptual no esté tan absolutamente más allá de todo control o comprobar lo que digo; ya que podría ser revisado. Puedo pensar negligentemente “esta silla parece escarlata”, cuando si hubiera mirado con más atención, debería haber dicho “parece bermellón”. Yo respondo que no hay duda de que los errores pueden surgir por descuido; y posiblemente, con el fin de tomar debida cuenta de ese fenómeno, sería necesaria alguna complicación de mi declaración. Pero no puede ser que, por este motivo, sea fundamentalmente erróneo. Un juicio perceptual sólo puede referirse a un único percepto que nunca puede re- existir; y si juzgo que parecía rojo cuando no parecía rojo, debe, al menos, reconocerse que parecía parecer (aparentaba ser) de color rojo. No creo que valga la pena seguir más con la objeción». Desde las páginas suplentes del manuscrito (ver 597n1).